

poderosamente sin duda el hecho de que Oton se creció á medida que fueron mas altos los fines á los cuales se trataba de servir, y de que en vez de la falta de reserva y de madurez política que hasta entonces le habia caracterizado, se mostró á la altura del gran acontecimiento enfrente del cual repentinamente se encontraba. Desde el momento en que los partidarios del Staufen que acababa de triunfar sobre él estaban dispuestos á reconocerle como rey á condicion de que mantuviera la unidad del imperio, Oton se vió obligado á seguir la política que ellos deseaban. El rey welfo hubo, pues, de partir de la base de las tradiciones de los Staufen, de reconocer el orden de cosas creado por Felipe y de conservar y reconstruir el imperio segun los principios de aquel monarca. Al arzobispo Alberto de Magdeburgo se debió el que, en medio de la consternacion que la noticia del crimen de Bamberg causó en toda la Alemania, se iniciara aquel movimiento salvador y pudiera adherirse á él de un modo franco y honroso Oton de Brunswick. La paz interior y la reconciliacion de los partidos de Alemania parecian adquiridas á precio de su sangre por Felipe, que apenas habia podido esperar que durante su vida se consiguieran ambas cosas. Inocencio III pudo tambien desear el entronizamiento de Oton, pues la persona del nuevo rey y las tradiciones de su familia parecian ser garantía segura de que no se veria turbada la paz entre la Iglesia y el imperio.

El papa propuso el matrimonio de Oton con la hija del asesinado monarca: así no solo se sellaba la reconciliacion de los antiguos adversarios, sino que, con la union de los intereses de los Welfos y los Staufen alemanes, quedaba asegurada la constante separacion de las coronas alemana y siciliana. Solo por un lado fué combatida y se procuró impedir la monarquía welfa, en la cual todos los partidos combatientes veian la única solucion pacífica posible en la grave crisis por que entonces se atravesaba. Felipe II de Francia vió con razon en ella una amenaza seria contra su situacion, pues el imperio, que hasta entonces habia sido su aliado contra Inglaterra, debia ponerse naturalmente al lado de esta desde el momento en que estuviera regido por la dinastía de los Welfos. Prévio consentimiento de la viuda de Felipe, que no podia hallarse bien con el cambio que habian sufrido las relaciones de los partidos, el monarca francés se propuso presentar como contra-candidato al duque Enrique de Brabante, con quien firmó formal alianza, esperando que en ella entrarían tambien el rey Ottokar de Bohemia, cuyo hijo estaba casado, como el hijo del de Brabante, con una hija de Felipe II, y quizás los duques de Austria y de Baviera, que se mostraban contrarios á la monarquía welfa. Además, creia contar en el Norte con Dinamarca. Pero esta intriga no prosperó: el haberse decidido el papa por Oton; la energía con que la Iglesia alemana abrazó el partido de este; la muerte de la reina viuda acaecida pocas semanas despues del trágico fin de su esposo, y por otra parte la habilidad con que Oton supo vencer los temores que algunos abrigan ante la idea de una restauracion welfa y reconoció y confirmó expresamente los bienes y los derechos de los que se creian amenazados por ella, dominaron el peligro que amagaba á Alemania de que por cuestion de intereses extranjeros se encendiera una nueva guerra de sucesion. Apenas habian transcurrido cinco meses desde el crimen de Bamberg, cuando se reunieron en Francfort los magnates de Franconia, de Baviera, de Suabia y de Sajonia, los cuales en 11 de noviembre de 1208 eligieron, del modo acostumbrado, á Oton de Brunswick rey de Alemania. Una de las cosas que mas caracterizan el espíritu staufen que en esta monarquía welfa alentaba, fué el hecho de que casi todos los destinos del imperio y de la corte continuaran desempe-

ñados por aquellos á quienes Felipe los habia confiado. El primer acto de Oton fué desterrar al asesino de su predecesor. La hija mayor de Felipe, Beatriz, que contaba solo diez años, se presentó en persona delante del rey para formular su querrela, á consecuencia de lo cual decretóse, prévio un procedimiento sumarísimo, la proscripcion de Oton de Wittelsbach. Dando expresion al pensamiento que ya habia acariciado el papa, declaró Oton en Francfort su propósito de casarse con Beatriz, á menos que la Iglesia no se opusiera á ello por razones de parentesco. Este matrimonio, aun prescindiendo de la gran importancia política que tenia, prometia al rey grandes ventajas materiales, pues le abria camino para conquistar el considerable patrimonio de los Staufen en Suabia y le permitia robustecer grandemente su situacion en el sur del imperio. La circunstancia de que Oton diera este paso no solo con el consentimiento, sino á instancias y excitaciones de los príncipes presentes, prueba la sinceridad con que los partidos se mostraron, junto á la tumba de Felipe, dispuestos á una reconciliacion. Para hacer que todas las partes del imperio gozaran de tantos beneficios, proclamóse en Francfort una paz general que fué jurada solemnemente por todos los presentes.

El curso de la monarquía welfa pareció corresponder á estos afortunados comienzos. Oton, al recorrer segun costumbre las provincias, encontró en todas partes espontánea obediencia; y los mismos duques de Baviera, de Austria y de Carintia abandonaron la reserva que en un principio habian adoptado. Cuando Oton, en la Pentecostés de 1209 sentó sus reales en Wurzburg, presentáronsele no solo el rey bohemio Ottokar y los demás príncipes que hasta entonces le habian hecho la oposicion, y los duques de Zähringen y de Lorena, sino tambien el candidato de Francia, el duque Enrique de Brabante, que hizo allí las paces con el rey.

Animado por estas circunstancias, pudo Oton dirigir su vista á Italia y preparar la expedicion á Roma que habia de valerle la corona imperial. Pero allí precisamente se amontonaban densos nubarrones que amenazaban oscurecer los hasta entonces tan risueños horizontes. Aparentemente para evitar en lo futuro todo motivo de lucha y de desconfianza, pero en realidad con objeto de marcar oportunamente al welfo, que seguia la senda de los Staufen, los límites dentro de los cuales debía encerrarse si queria seguir gozando del favor y de la gracia de la curia romana, presentó Inocencio III á Oton una serie de exigencias invitándole á aceptarlas sin reparo como racionales y propias para la salvacion de su alma, las cuales venian á ser el precio único á cambio del cual se le conferiria la imperial diadema. La política pontificia, en este periodo prévio, no dejó al welfo duda alguna acerca de lo que estaba dispuesta á hacer la curia si no se mostraba á ella sumiso, pues repetidas veces se hacia hincapié en las pretensiones que el jóven rey de Sicilia podia aducir á la corona alemana y en los esfuerzos que empleaba para crearse un partido en Alemania. Con esto se indicaba á Oton la suerte que le estaba preparada en caso de que se mostrara desobediente. Oton cedió, pues, á las exigencias del papa y se contentó por de pronto con la esperanza de que circunstancias mas favorables le permitieran librarse de tan pesados deberes. Entre las concesiones que á la Iglesia hizo Oton IV, en un documento fechado en 22 de marzo de 1209 en Espira y sellado con su sello de oro, que fué entregado al legado pontificio, poco significaban relativamente la renuncia del derecho de espolios, el nuevo reconocimiento de los estados de la Iglesia, tales como estaban constituidos despues de las recuperaciones, y el de Sicilia como feudo de San Pedro: el punto capital del convenio consistió

sobre todo en la renovada renuncia expresa de los antiguos derechos que en punto á eleccion de obispos habian sido concedidos al monarca por el concordato de Worms. El derecho de inspeccion tambien fué derogado; la confirmacion correspondió exclusivamente á Roma, donde en adelante debian ser decididas las elecciones dudosas; y el derecho de apelacion á la Santa Sede no podia ser en manera alguna limitado por el rey. Con estas estipulaciones, la intervencion del monarca en la provision de obispados alemanes quedaba reducida á algunas insignificantes formalidades, pues la investidura y el juramento de fidelidad, que quedaban subsistentes, no subordinaban al monarca á los obispos que por ellos habian alcanzado su cargo ni les libertaban de la absoluta dependencia en que se encontraban respecto del pontificado jerárquico, el cual podia separarles de sus dignidades sin consideracion alguna á la autoridad del Estado. Además de esto, tratóse en Espira del matrimonio de Oton con Beatriz de Suabia, hija mayor de Felipe, matrimonio tan deseado por Inocencio III. La dispensa canónica, de la cual habia depender el rey su asentimiento á esta alianza, políticamente tan ventajosa para él, fué expresamente concedida por el papa, á pesar de que la creia superflua. Oton, sin embargo, mostró todavía algunos temores y quiso que se le dieran garantías especiales de que con este enlace no cometia una injusticia ni manchaba en lo mas pequeño su alma; por tanto á instancias suyas se reunió, á fines de mayo de 1209, en Wurzburg una brillante dieta, á la que no asistió personalmente Oton y en la cual los magnates laicos y eclesiásticos trataron esta cuestion bajo todos sus aspectos. Entre los fanáticos habia algunas dudas acerca de la validez de la dispensa pontificia: los cistercienses la admitieron abiertamente y pidieron al rey que contrajera un enlace consentido por la Iglesia aunque contrario á los preceptos divinos, reparando esta falta por medio de actos piadosos y de una vida arreglada. En este sentido votaron definitivamente todos los reunidos en Wurzburg, en presencia de los cuales se desposó el rey solemnemente con Beatriz, que solo contaba diez años y que interinamente fué enviada á Brunswick.

Dos meses despues, es decir, á fines de julio de 1209, emprendió Oton desde Sechfeld su expedicion al Sur. El núcleo de su ejército estaba formado por los palaciegos de las dinastías de los Welfos y de los Staufen, por los del imperio y por la baja nobleza feudal; en cuanto á los príncipes laicos y espirituales, fueron en muy corto número los que figuraron en él. El rey disponia de fuerzas suficientes para atemorizar á los divididos italianos, y era de esperar que empleándolas con prudencia y energía se conseguiria un éxito completo. En la Lombardia volvía á retumbar desde hacia algunos años el estrépito de las armas. La enemistad que desde los tiempos de Federico I habia estallado entre Cremona y Pavia habia dividido las ciudades en dos partidos que se combatian con encarnizamiento y que gastaban en sangrientas luchas las fuerzas con que en otro tiempo habian luchado victoriosamente contra el imperio. Estos dos partidos se disputaban á la sazón el favor y el auxilio del rey alemán, el cual pasó entonces el Brenner bajando á la llanura del Po. Ambos bandos estaban dispuestos á conceder al imperio lo que le correspondia; de suerte que Oton pudo contar para sus ultimas empresas con los ricos recursos de las municipalidades de la Alta Italia, que se sometian espontáneamente al welfo á pesar de que este comenzaba á seguir la política de los Staufen, á cuyo representante, el rey Felipe, habian combatido en otro tiempo. El hecho de que Oton lograra con su hábil y enérgica intervencion reconciliar á los dos antiguos adversarios Ezzelino de Romano y Azzo

de Este, que habian luchado entre sí encarnizadamente en la Marca Trevisana, aumentó la buena impresion que su llegada habia producido y aseguró el triunfo á sus ultimos proyectos. Así consiguió sin luchar una ancha y segura base para sus futuras empresas en Italia, y los recursos militares y pecuniarios que se le proporcionaron en el país le pusieron desde luego en situacion mas ventajosa respecto de la curia, eximiéndole de la humillante necesidad de someterse obediente á ella en vez de exigir el reconocimiento de sus derechos.

Inocencio III no pudo desconocer este cambio de situacion, y para evitar que se modificaran, como amenazaba suceder, sus relaciones respecto de Oton, le hizo nuevas exigencias para concederle la corona imperial. El amistoso recibimiento que hizo al welfo al encontrarse por vez primera en Viterbo y la afectada intimidad con que le trató no fueron obstáculo á que ambos estuvieran próximos á una separacion violenta. Inocencio, en efecto, exigió de Oton (1) juramento formal de que cederia definitivamente á la Iglesia los territorios sobre los cuales habian pleiteado antes de 1197 esta y el imperio; amenazando con que Oton no recibiria la corona imperial hasta haber reconocido como legítima propiedad de la Iglesia no solo los territorios tuscos fronterizos objeto de disputa que Inocencio habia anexionado á los Estados de la Iglesia, sino tambien la herencia de la condesa Matilde. Oton rechazó estas pretensiones, no queriendo adquirir la corona imperial por un medio que rebajaba á sus propios ojos y á los del mundo el valor de aquella corona; pero se mostró dispuesto á no hacer, en lo sucesivo, nada que fuese atentatorio contra los derechos indiscutibles de la Iglesia, y propuso que este asunto fuese estudiado despues de la coronacion imperial y en vista del resultado que la investigacion diera se firmara un convenio amistoso que conciliara las respectivas pretensiones. De igual manera habia intentado, en otro tiempo, Federico I resolver las dificultades que este asunto entrañaba (2), sin que lograra conseguir su intento ante las evasivas de la curia. No tuvo mejor éxito otra exigencia de Inocencio. Este, al ver que el rey welfo, representante de la política de los Staufen, se encontraba cerca de Roma con un poderoso ejército y con los ricos recursos de la Alta Italia y reclamaba la corona imperial, sintió nacer de nuevo en su ánimo grandes temores de que el monarca formulara pretensiones sobre la Sicilia, y al momento el fantasma de la union de ambos reinos le inspiró serios cuidados. Por esto pidió á Oton que por medio de una declaracion expresa y solemne reconociera la inviolabilidad del reino de Federico II, que habia pasado á ser feudo del imperio; pero tambien en este punto tuvo en definitiva que contentarse con una promesa general que no ofrecia seguridad alguna. Por último, la tentativa hecha por Inocencio para que el rey se separara de su tío, el monarca inglés, y se aliara con Felipe II de Francia, fué cortés pero enérgicamente rechazada por Oton. El sesgo desfavorable al papa que tomó la entrevista de Viterbo demostraba cuánto habia variado la situacion de las cosas, desde que el imperio se habia unido nuevamente, y cómo el welfo no daba á la curia romana garantía alguna para el porvenir. Esto, sin embargo, estaba muy lejos de significar un rompimiento. Inocencio III creyó que Oton solo habia querido evitar la humillacion que suponía la satisfaccion de las exigencias del papa en aquel momento, y confió en que su protegido, sin necesidad de documento ni de juramento alguno, se consideraria obligado á la Iglesia

(1) Winkelmann: *Oton IV*, pág. 199.

(2) Véase mas arriba.



y se consagraria á su servicio. En esto precisamente se engañó por completo, pues Oton rompió entonces interiormente, según parece, con todo su pasado y se convirtió no solo en la forma sino también en el fondo en heredero de la política de los Staufen. Si se negó á satisfacer las exigencias del papa, no fué solo por no rebajar la consideración de la corona imperial, que deseaba obtener, sino porque tampoco quería imponerse deberes que estaba decidido á quebrantar en la primera ocasión favorable que se le ofreciera. Encontrábase, pues, de hecho en la misma situación en que en otro tiempo se había encontrado Lotario de Supplinburgo; solo que en él los motivos personales, nacionales y político-generales influían más poderosamente que en este, impulsándole á seguir una verdadera política imperial y á deducir de ella todas las consecuencias.

En este estado se hallaban las cosas cuando Oton IV entró en Roma, á principios de octubre, estableciendo como



Traje de una princesa. (Miniatura del siglo XIII.)

de costumbre su campamento en Monte Mario, donde tomó fuertes posiciones para precaverse contra un golpe de mano de los hostiles romanos, los cuales habían sorprendido su vanguardia arrojándola de la ciudad. Oportunamente consiguió establecerse en ella apoderándose de la iglesia de San Pedro, donde con el ceremonial acostumbrado recibió de manos de Inocencio III la corona imperial (4 de octubre). Entretanto, en los alrededores del templo se trababa un encarnizado combate, en el cual los alemanes á duras penas pudieron rechazar el ataque de los indignados romanos. Por la tarde, Oton volvió á su campamento, siguiéndole luego el papa, que no se encontraba muy seguro en Roma y que fué allí recibido con grandes honores.

La confianza que parecía tener el papa en Oton, á pesar de haber sido rechazadas todas las pretensiones que había formulado antes de la coronación imperial, quedó plenamente justificada por la conducta que en los siguientes meses observó el emperador. En efecto, cuando después de licenciar sus tropas alemanas se quedó en la Italia Central y se consagró al restablecimiento de los derechos que al imperio correspondían, tomó hasta cierto punto en consideración las pretensiones de la Iglesia y evitó todo aquello que pudiera parecer un atentado contra ella, siendo indudable que deseaba evitar un conflicto y resolver los puntos en liti-

gio por medio de un arreglo amistoso. Esto no obstante, cuando llegó el momento decisivo, no hubo inteligencia, y á las exhortaciones del papa contestó Oton diciendo que tan obligado estaba á proteger á la Iglesia como á amparar al imperio en sus bienes y en sus derechos. Había surgido entonces una nueva diferencia, cuya importancia no había podido preverse: á pesar de que la Iglesia persistía en su empeño de que las coronas de Alemania y de Sicilia no estuviesen en una misma persona, no podía destruir los derechos que el joven rey de Sicilia, único vástago varón de la dinastía de los Staufen, tenía sobre el patrimonio de estos, vacante por la muerte del rey Felipe. Aunque Oton administraba este patrimonio por su casamiento con Beatriz, era justo y equitativo que se diera á Federico II una parte, ó por lo menos una compensación, y en este sentido trató Inocencio III de intervenir en el asunto. Oton, como era natural, no tenía desecho alguno de desprenderse de tan importantes bienes, y las pérdidas maquinaciones de Federico le proporcionaron el apetecido pretexto para negarse á satisfacer las pretensiones del papa. En efecto, Federico reclamó en seguida el ducado de Suabia, donde, á causa del odio que á los Welfos se tenía, no pareció disgustar aquella reclamación, y ya se comprenderá que Oton se creyó con ella seriamente amenazado. No podemos asegurar qué es lo que le indujo á abandonar de repente la defensiva y á tomar sin consideración alguna la ofensiva, formulando á su vez pretensiones sobre la Baja Italia; parece que á ello contribuyeron poderosas influencias personales, cuyo origen y desenvolvimiento desconocemos; pero también es posible que este cambio repentino no fuera más que el síntoma de una combinación hacia tiempo fraguada en silencio, cuya ejecución se iba lentamente preparando. En efecto, no puede atribuirse á casualidad el hecho de que precisamente en aquel instante se presentase al lado de Oton y fuera el principal representante de esta nueva política el hombre que, en accidentadas luchas con Roma y con el joven Staufen había procurado mantener incólume la soberanía alemana en la Baja Italia, es decir, el rudo Diepoldo de Acerra, y que cabalmente á este confiara el emperador el ducado de Spoleto. Diepoldo, al poco tiempo, fué nombrado gran capitán de la Pulla y de la Tierra de Labor, y este nombramiento, que ponía á disposición del emperador la Baja Italia, no podía menos de ser considerado como un ataque directo contra el joven Staufen y como una infracción de la promesa hecha de respetar el *statu quo*.

El rompimiento entre Oton é Inocencio III fué desde entonces un hecho, pues ya se comprende que el emperador, después de haber ido tan allá, no había de detenerse ante exhortaciones ni amenazas. En febrero de 1210, encontramos á Oton haciendo grandes preparativos, sacando de las ciudades de Tuscia contingentes para atacar la Pulla, y entablando negociaciones con Pavía para solicitar su auxilio en el ataque que proyectaba contra la misma Sicilia. Como la curia se mostró enérgicamente decidida á intervenir en favor de Federico II, vióse el emperador obligado á proceder contra la misma Iglesia y á privarla de todos los recursos con que pudiera combatirle, á cuyo fin invadió el patrimonio tuscano, se apoderó de Radicofani y de Montefiascone y llegó hasta los muros de Viterbo, dejando en pos de sí la desolación y el incendio. Muchas plazas de escasa importancia cayeron sin dificultad en su poder; y si se hubiera aprovechado de estas victorias, y atravesando los Estados de la Iglesia hubiese marchado directamente contra la Pulla, nada habría podido detener su paso, pues Inocencio no podía atacarle más que con palabras, esgrimiendo la espada espiritual que estaba resuelto á desvainar contra él. El papa exigió de Oton, bajo pena de excomunión, que suspendiera

las hostilidades y abandonara inmediatamente los territorios de la Iglesia que había ocupado; pero Oton hizo muy poco caso de esta exigencia, diciendo que los Estados de la Iglesia nada tenían que temer de él; no entraba en sus designios extender el conflicto con la Santa Sede más allá de los puntos litigiosos inevitables; y además creía que el papa no se atrevería á emplear armas espirituales en la lucha que entre ambos existía por cosas puramente terrenales. A esto debe agregarse que entretanto había contraído lazos de alianza con la Pulla y que estaba seguro de que los barones de aquel país le dispensarían buena acogida y le facilitarían espontáneo apoyo. Cuanto más rápidamente consiguiera triunfos decisivos, con tanta mayor seguridad podría desarmar por completo al pontífice. Por esto, á principios de noviembre, acompañado de Diepoldo de Spoleto, atravesó las fronteras del reino de Sicilia, donde parecía esperarle una brillante y victoriosa carrera. Los monjes de Monte Casino se declararon en favor suyo y á su lado se pusieron Capua, Aquino, Aversa, la misma Nápoles y últimamente Sorrento. Al terminar aquel año pudo el emperador considerar realizado su principal trabajo y esperar que dentro de poco tiempo todo el continente italiano estaría en su poder.

En 18 de noviembre de 1210 lanzó Inocencio III la excomunión contra el emperador, en la esperanza de que Oton, al comprender la gravedad de este paso, cedería y evacuaría el territorio de Federico. Por esta razón todavía negoció por conducto de hombres de su confianza con el emperador, mostrándose dispuesto á hacer grandes concesiones para salvar á su protegido Staufen, que parecía próximo á ser vencido por su adversario. Federico se declaró pronto á renunciar á sus pretensiones sobre la herencia de los Staufen en Alemania y llegó hasta ofrecer dinero para obtener la paz; pero Oton, á pesar de todo, reanudó las hostilidades y emprendió una marcha de avance triunfante. Entonces sus adversarios se creyeron perdidos y se prepararon, en Palermo, á huir por mar á Africa. Inocencio III, sin embargo, no había permanecido entretanto inactivo, sino que en todas partes procuraba agitar los ánimos contra el apóstata welfo, respecto del cual tan completamente se había equivocado, y sus cartas y embajadas excitaban á los pueblos á que desertaran de sus filas, apoyaran á la Iglesia, víctima de una traición, y salvaran al apurado rey de Sicilia. Esto causó cierta impresión, pues los súbditos del imperio en la Italia Central y en la Alta Italia vieron lucir la esperanza de recuperar la libertad perdida. En Lombardía, Cremona y los marqueses de Este se pusieron al frente del movimiento anti-imperialista, mientras Milan, por enemistad á una y á otros, permanecía fiel á Oton. Las excitaciones á la deserción hechas por el papa y el llamamiento que hizo para que se eligiera un nuevo rey fueron bien acogidos también en más de un punto de Alemania, pues muchos estaban descontentos del severo y despótico régimen del welfo, de quien se había esperado que respetaría más la independencia de los príncipes. Desaprobábase su ataque á la Baja Italia y se temía que si triunfaba renacerían los peligros con los cuales Enrique VI había amenazado la Constitución del imperio, y que eran deplorados aun antes de que aparecieran. Por otro lado, las exhortaciones del papa estaban poderosamente apoyadas por las levas que hacía Felipe II de Francia, el cual tuvo la satisfacción de que Inocencio le diera la razón en el juicio que había formado de Oton y confesara públicamente que se había equivocado por completo respecto de este monarca. La alianza del emperador con Inglaterra, cuyo rompimiento había solicitado en vano el papa, constituía un peligro constante para Francia; así es que Felipe II vió con satisfacción la grave amenaza que sobre su odiado adversario pesaba y

rivalizó con el papa en suscitarle enemistades en la misma Alemania. El arzobispo Siegrido de Maguncia, el landgrave Hermann de Turingia y Ottokar de Bohemia fueron el núcleo de la alianza de los príncipes del imperio contra Oton. La cuestión de una contra-monarquía se presentó desde luego en primer término en las negociaciones que entre estos príncipes y su aliado francés se entablaron, y fué resuelta de un modo que hacía imposible toda rivalidad entre los adversarios del welfo, pero que en cambio daba motivo para serios temores de otra especie. El rey de Francia comprendió que, así como sus enemigos los ingleses habían apoyado eficazmente la monarquía de los Welfos para perjudicarle, su más segura garantía para el porvenir era el restableci-



Estatua de un papa del siglo XIII (catedral de Chartres).

miento de la soberanía de los Staufen. Felipe II fué, pues, quien propuso al rey de Sicilia como contra-monarca frente de Oton. Inocencio III consintió en todo esto, por más que tal candidatura fuese un tanto temible para la Iglesia, pues entre otras cosas llevaba consigo la unión de las coronas alemana y siciliana. Pero el joven Staufen tenía innegablemente ciertos derechos sobre la corona de Alemania, lo cual disminuía en mucha parte la odiosidad que la contra-monarquía debía inspirar, y hacía esperar que los príncipes alemanes se pondrían más fácilmente de acuerdo respecto de ella que respecto de cualquiera otra que pudiera presentarse. Además, Federico II era feudatario del papa, había sido su pupilo y se había educado bajo su inspección y su influencia, por lo cual podía Inocencio abrigar la creencia de que continuaría siendo su discípulo sumiso y seguiría la política que él le inspirara. De esta suerte, viniendo á ser el papa el verdadero soberano de Sicilia y de Alemania, evitaba los peligros á que pudiera dar origen la unión de las dos coronas. De todas maneras es un hecho característico que después de haber sido la separación de los dos países objeto de grandes conmociones y devastaciones, el conflicto viniera á resolver-